



todavía más sistemática (1) á la enseñanza de la teología. Parecía que su pensamiento se reducía á hacer de ella una serie de axiomas geométricos, apoyados en un primer teorema. Á su modo de ver, toda especie de especulación sólo podía servir para disponer á la fe. Alano, en un principio (1128), habitó en el monasterio de San Bernardo, luego fué abad de Rivour, concluyó por ser obispo de Auxerre, y murió en 1202. Dedicó su obra al papa Clemente III.

Se procuró conciliar las dos tendencias teológicas de la época en la abadía de San Víctor, fundada en París por Guillermo de Champeaux, de la cual Hugo y Ricardo de San Víctor fueron los escritores más distinguidos y más útiles. El primero, amigo de San Bernardo, y del cual ya tenía parte de su doctrina Pedro Lombardo, descendía de los condes de Blankembourg, y nació en Halberstadt en 1097. Reinhardo, obispo de Halberstadt, lo hizo educar entre los canónigos de San Agustín, y el joven Hugo se esforzó en adquirir allí conocimientos sólidos y variados. «Puedo asegurar, escribía, que nada desdeñaba de cuanto podía servir para instruirme; hasta aprendí una porción de cosas de que los otros se habrían burlado.» Contra el gusto de sus padres se decidió por el claustro; y para extender sus conocimientos se fué á la abadía de San Víctor. En este retiro, Hugo se dedicó únicamente á la teología y á la contemplación. Aunque ninguna parte tomó en los negocios públicos, con todo, se interesaba en las cuestiones que se agitaban en su tiempo. Nada pudo hacerle aceptar en su monasterio la dignidad de prior ó de abad. Murió en la flor de su edad en 1141. Los honrosos renombres que le dieron sus contemporáneos prueban el aprecio en que era tenido (*alter Augustinus, lingua Augustini, didascalus*). Sostuvo con atrevimiento la lucha ya ántes suscitada contra Abelardo por Guillermo de Champeaux. Su celo por la doctrina sostenida por Guillermo de Champeaux en la propia abadía contra Abelar-

(1) De arte sive articulis fid. cath. lib. V (*Pez, Thesaur. anecdot. noviss. t. I. Aug. Vind. 1721, in fol.*); lib. II, contra judaeos et mahometanos, ed. Masson. Par., 1612.

do, explica sus frecuentes y amargas quejas sobre las extralimitaciones de la filosofía en el dominio de la teología, y sus vivos esfuerzos para encerrarla dentro de sus verdaderos límites. Hugo, dotado maravillosamente por la Providencia, reunía á un sentimiento profundo una imaginación brillante, y á una razón recta una voluntad inflexible. Sobre todo, es idealista; y de ahí viene la elevación general de sus ideas, la penetración con que descubre, la firmeza con que desecha todo pensamiento vano, común ó vacío; de ahí su moderación, y la aversión por el espíritu de disputa y de contención. Merced á todas estas calidades logró su ardiente deseo de conciliar las dos grandes tendencias teológicas de su tiempo (1). Como verdadero hombre de su siglo, amaba Hugo con pasión la ciencia y la filosofía. Quien busca la ciencia, decía, tiene el mayor consuelo de la vida; quien posee la ciencia es santo; pero conviene que la ciencia reúna la práctica á la teoría (2), que se apodere de todo el hombre; y, de hecho, la mayor parte de los sabios de la edad media fueron á la vez hombres de gran carácter y de una moralidad irreprochable. Bajo el punto de vista científico, el monje de San Víctor se adhiere á la escuela de los Agustinos y Anselmos, y bajo el punto de vista místico, á San Bernardo, aunque de una manera que le es propia. Por fin, siente la importancia del método en las investigaciones científicas, y en el estudio concienzudo de la Sagrada Escritura y de la *patrología*, como lo prueban sus numerosos comentarios sobre casi todos los libros de la Sagrada Escritura.

La *Suma de las Sentencias* de Hugo mereció una particular atención. Verosímilmente fué publicada hacia el año de 1130, después de ha-

(1) Consúltese sobre todo Didascalia, de More dicendi et meditandi, Summa sententiarum, de Sacram. fidei chr. lib. II (lib. I, en 12 secciones, lib. II, en 18); opp. Rouen, 1648, 3 t. in fol.

(2) «Hoc utinam ego tam possem subtiliter perspicere, tam competenter enarrare, quam possum ardentius diligere; delectat nempe me, quia valde dulce et jucundum est de his rebus frequenter agere, ubi simul ratione eruditur sensus et suaviter delectatur animus, et aemulatione excitatur effectus.» Acaso pensaba en Aug. de Catechizandis rudibus, c. 2.



ber sido dada á luz como obra de Hildeberto, obispo de Mans, bajo el título de *Tractatus theologicus*. Presenta ya, y mucho ántes que Lombardo, un sistema casi completo de los dogmas cristianos (1). Luego, como los dogmas son el objeto de la fe, que á su vez comprende toda la enseñanza de la Iglesia, el autor investiga en primer lugar, siguiendo á los Padres de la Iglesia, cual es esta enseñanza; después cuáles son las relaciones de la fe cristiana con la razón, con la revelación, con la fe en el Antiguo Testamento, y con las opiniones de los filósofos. Después de haber expuesto así el *Credo*, y tratado de las dos virtudes teológicas, sigue en la exposición de los dogmas, á corta diferencia, el orden del Símbolo, según el método que ya hemos indicado hablando de Pedro Lombardo. En una obra importante que publicó evidentemente mucho más tarde (*de Sacramentis*), Hugo, más sistemático todavía, trata el conjunto del dogma de una manera mucho más extensa, más regular y completa, y se dedica, mucho más que en su *Suma*, al desarrollo histórico de la doctrina sagrada (2).

Ricardo de San Víctor, natural de Escocia, prior de su convento desde 1162, perpetuó el espíritu conciliador de su maestro Hugo. Inferior á éste en la profundidad del sentido filosófico y del sentimiento místico, le aventaja en la forma más clásica de sus escritos; su *Tratado sobre la Trinidad* es un modelo de claridad, solidez y precisión. Sin embargo (hace notar él mismo), á veces se ve precisado, cuando las pa-

labras le faltan, ya á ensanchar, ya á reducir su valor, según las necesidades del momento. Lo que le pertenece exclusivamente es la tentativa de orientarse científicamente en el misticismo (1), alejándose á la vez del método puramente intelectual, que conduce á la teología especulativa, y del método meramente práctico, que funda la teología mística. Murió en 1173.

Mientras que Ricardo y Hugo hacían los más nobles esfuerzos para conciliar todos los métodos, como Pedro Lombardo había ensayado de conciliar la teología especulativa y la positiva, Gauthier de San Víctor, sucesor de Ricardo, dió luego el ejemplo de una intolerante parcialidad, desacreditando á los cuatro primeros escolásticos del tiempo, representando sus obras como laberintos del espíritu humano (1180) (2). Felizmente su exageración era demasiado evidente para que produjese una profunda impresión. Juan de Salisbury fué más moderado en el juicio que hizo de los escolásticos. Había estudiado sucesivamente bajo la dirección de Abelardo y Guillermo de Champeaux, participado de los padecimientos del gran Tomas Becket, y concluyó por ser arzobispo de Chartres, y murió en 1182. Tenía un espíritu cultivado, pero poco propio para especulaciones profundas; sin embargo, apreciaba la filosofía, y la recomendaba al observar la influencia moral y práctica que ejerce sobre el hombre. En sus dos obras tituladas: *Polycraticus* y *Metalogicus* juzga á su siglo, y, bajo el doble respecto de la política y de la ciencia, predice á la escolástica que á fuerza de especulaciones llegará á perder la verdad (3).

(1) Por este tiempo fué preciso dar análisis más racionales y más completos de los escritos de los primeros Padres, como ya había sucedido con las colecciones de derecho canónico, redactadas por Burchardo de Worms, Ivo de Chartres y otros. Se estudió más particularmente Orígenes (*de Principiis*); San Agustín (*Enchiridion*, et lib. I de Doctrina christiana); San Isidoro de Sevilla (*Sententiar. lib. III*); San Juan Damasceno (*de Fide orthodox.*). En el monasterio de San Trudon se pensó desde fines del siglo XI en una Suma teológica llevada á cabo por el abad Rodof. La de Guillermo de Champeaux no se ha publicado aún. Luego viene *Abaelardi*, *Introductio in theol. christ.*; finalmente el sistema de Lombardo, y el de Hugo de San Víctor.

(2) Si se desea un análisis más completo y más exacto, V. Liebnér, p. 349-484, y Bossuet-Cramer, P. VI, p. 791-838.

(1) Sus escritos pueden dividirse en tres clases: 1.º Tratados sobre la contemplación y sus condiciones previas (*de Statu interior. hom.; de praeparat. animi ad contemplat.*) (Benjamin minor.) *de Gratia contemplat.* (Benjamin mayor.); 2.º Tratados sobre la Trinidad; 3.º Trabajos de explicación sobre los diferentes libros de la Sagrada Escritura. Consisten sobre todo en explicaciones de las dificultades del texto. Opp. Rouen, 1640. Cf. Engelhardt, l. c., p. 301.

(2) *Contra quatuor labyrinthos. (Abaelard., Petr. Lombard., Petr. Pictav., Gil. Porreetan.)* Hay un análisis de ello en *Bulæi, Hist. acad. Part. t. II, p. 200, 402, 562, 629 sq.*

(3) *Joan. Salisberiensis* († 1182). *Polycraticus, sive de Nugis curialium et vestigiis philosophorum*, lib. VIII.



Ya hemos tenido ocasion de citar á San Bernardo con sus amigos y discípulos, que son los verdaderos místicos de estos tiempos. San Bernardo, sin ser enemigo de la ciencia, procura desarrollar en el hombre la conciencia de la verdad más bien por la experiencia íntima de esta verdad, divinamente revelada, que por las investigaciones curiosas de la razon; y, marchando por las huellas de los místicos anteriores, eleva al alma y á la inteligencia por tres grados, hasta la misma fuente de toda verdad (1). Esta ciencia, del todo práctica, esta *gnose* verdadera, este misticismo serio descansa sobre este principio digno de San Juan: *Dios es tan sólo conocido cuanto es amado*. Así pensaban y vivían los amigos de San Bernardo, los abades Guillermo de Thierry, muerto en 1152, Roberto de Deuz (Tutiensis), y Guerry de Igny. El misticismo tomó la forma del éxtasis y de la profecía de Santa Hildegarda (2), que residía en el monasterio de Ruppertsberg, cerca de Bingen, que murió en 1179.

Hugo de San Víctor procuró reunir y exponer sistemáticamente las ideas sueltas de San Bernardo, y de refundir la escolástica y la mística. Para él el primer principio de la ciencia religiosa es éste: *Tantum de veritate quisque potest videre, quantum ipse est*. El modo de llegar á la ciencia más completa es la contemplación, que el hombre ha perdido por el pecado original, y que puede adquirir de nuevo por los medios sobrenaturales. Esta contemplación, esta mirada de la inteligencia dirigida hácia las cosas eternas se convierte en simple especulación y meditación racional cuando se dirige hácia las cosas del mundo visible. Hugo, bajo el punto de vista teórico y práctico, divide el misticismo en cinco partes principales: la lectura, la meditación, la súplica, la oración y la contemplación. Toda la vida religiosa está en es-

Lugd. 1639. *Metalogicus*, lib. IV. Lugd. 1610; ep. 303. (Max. Bibl. PP. t. XXIII, p. 242.)

(1) Hélos aquí: *Consideratio; dispensativa*, sensibus utens ad promerendum Deum.—*opinio; aestimativa*, quaeque scrutans ad investigandum Deum.—*fides; speculativa*, qua homo se in se colligit, *excessus, ascensus, ad contemplandum Deum, contemplatio intellectus seu rei invisibilis certa et manifesta notitia*.

(2) *Gærres*, *Mística cristiana*, t. I, p. 285.

tas cinco palabras. Los cuatro primeros grados habitúan al justo á la práctica, é insensiblemente le conducen á la perfección: el quinto, ó la contemplación, es á la vez el fruto de los cuatro primeros, y la fruición anticipada de la recompensa futura. Con Ricardo de San Víctor la mística especulativa alcanzó su apogeo. En sus esfuerzos para llevar hasta á una inteligencia limpia y clara el conocimiento del Eterno, que nos procuran la fe y la revelación, se ve precisado á admitir un socorro sobrenatural. *Tantum possumus quantum posse accepimus; quantum habes gratiae, tantum habes potentiae*. Para llegar á Dios, es preciso que el hombre se renuncie á sí mismo, lo que es imposible sin la gracia de Dios. El fin del hombre inteligente es llegar á la contemplación; su fin práctico es lograr su unión con Dios. Este último se logra por tres géneros de esfuerzos (*sensibilia, intelligibilia, intellectibilia*), á los que corresponden seis grados que se han de atravesar sucesivamente.

El segundo período de la escolástica empieza en el momento en que se hizo un uso más general de las fuentes *patrológicas* y de las obras de Aristóteles. Hasta entonces no se había conocido más que una parte de los escritos de este filósofo, sobre todo su *Organum*, traducido al latín por Boecio. Pero en el siglo XIII, á instancias de Santo Tomás de Aquino, se hizo una nueva serie de traducciones del griego, y ya las escuelas moras de España, donde florecía la filosofía desde Avicenna (Ibn Sina, muerto en 1306), habían dirigido la atención de los sabios hácia los tratados de las ciencias naturales y de metafísica del Estagirita (1). El respeto que por Aristóteles había manifestado San Agustín, tan respetable á los ojos de los escolásticos, y el renombre antiguo y merecido de que gozaba este filósofo como dialéctico, propagaron su autoridad de un modo singular, y la hicieron dominante en todo lo que era de forma. Desde en-

(1) Cf. *Launois*, de varia Aristot. in acad. Par. Fortuna. Par. 1659, in 4, ed. *J. H. ab Elswich*. Vit. 1720. *Jourdain*, Investigaciones críticas sobre la edad y el origen de las traducciones latinas de Aristóteles. Par. 1819. Cf. *Staudenmaier*, *Escoto Erigena*, t. I, 592. *Pabst*, *Hist. del hombre*, p. 165.



tónces fué cuando los escolásticos más eminentes se ocuparon en hacer minuciosos comentarios sobre casi todas las obras de Aristóteles; lo que manifiesta la importancia que se les atribuyó para exponer la ciencia teológica. También entonces, y sobre todo desde Alejandro de Hales, apareció más rigurosa que nunca la forma aristotélica ó el silogismo. La energía que animaba á las órdenes mendicantes dió un nuevo impulso á la ciencia. Se halla en su seno una reunión de personajes distinguidos por grandes talentos, conocimientos muy variados y una profunda piedad.

El primero que se presenta en esta serie es el inglés Alejandro de Hales (1). Después de haber recibido su educación en Oxford, estudió en París la teología al propio tiempo que el derecho canónico (*doctor irrefragabilis, fons vitae*). Á pesar de muchas intrigas que contra él se urdieron, logró, después de haber entrado en la orden de los Franciscanos, una cátedra en la universidad de París. Alejandro de Hales es el primer comentador de Lombardo, y sus trabajos sobre la metafísica de Aristóteles y la Sagrada Escritura prueban la extensión y actividad de su espíritu; murió en 1245.

Alberto el Grande, conde de Vollstædt (2), adquirió su renombre como catedrático de teología en París y en Colonia; sucesivamente provincial de los Dominicos en 1239, y obispo de Ratisbona (1260-62), pasó los últimos años de su vida en Colonia, en una laboriosa soledad, muriendo en 1280. Entre los grandes hombres del siglo XIII, brilla Alberto en primera línea por la admirable variedad de sus conocimientos; sólo un hombre le disputa esta gloria, y es su discípulo Santo Tomás de Aquino.

Juan de Fidanza, natural de Bagnarea en Toscana, apellidado Buenaventura y general de los Franciscanos (3), recibió como catedrático

(1) *Summa univers. theol.* in lib. IV Sententiar. Ven. 1576. Col. 1622. 4 t. in fol.

(2) Comentarios sobre Aristóteles; *Summa theolog.*; *Escritos filos. y met.* opp. ed. *Jammy*. Lugd. 1651, 21 t. in fol. Cf. *Rudol.* *Noviomagens. de Vita Alberti Magni*.

(3) Sobre todo *Breviloquium et Centiloq.*; *Reductio artium ad theol.*; de VII Gradib. *contemplationis*; *Itinerarium mentis ad Deum*; *Biblia pauperum*. Opp.

de teología de París el título de *doctor seráfico*. Este hombre admirable tenía un alma angelical, y su maestro Alejandro de Hales á menudo decía de él: *Verus israelita, in quo Adamus non peccasse videtur*. Lo que más domina en sus escritos es la dirección práctica; con todo, frecuentemente asocia el elemento místico con la especulación dialéctica, como lo prueban su profundo conocimiento de Aristóteles, su comentario sobre Pedro Lombardo, y por fin, su obra tan notable sobre las relaciones de las ciencias con la teología (*Reductio artium liberalium ad theologiam*). De sus dos manuales (*Centiloquium* y *Breviloquium*), Gerson apreciaba principalmente el último, que es una exposición compacta y completa de la dogmática, dividida, á ejemplo de la creación, en seis días. El célebre canciller recomendaba mucho su lectura á los jóvenes teólogos, como propia esencialmente para calentar su corazón y alumbra-
brar su espíritu.

La Trinidad, la naturaleza divina, la creación, la caída del hombre y el pecado, la Encarnación del Verbo, la redención, la gracia, los sacramentos, la *Eschatología*, ó ciencia de los fines del hombre, tales son las materias del libro de San Buenaventura. Los dos escritos que acabamos de citar se distinguen por una cierta libertad de composición, un orden variado y nuevo, porque en ninguna parte sigue el autor á Pedro Lombardo. Á estas ocupaciones científicas supo asociar San Buenaventura un grande celo por el bien general de la Iglesia. El papa Gregorio X se valió de él con ventaja en las circunstancias más graves, como en el concilio ecuménico de Lyon, donde murió Buenaventura el 14 de Julio de 1274, en medio de sus trabajos y en la flor de su edad. El luto universal de todos los miembros del concilio, y los magníficos funerales que se le hicieron coronan noblemente su santa vida. El cardenal de Ostia pronunció la oración fúnebre: Gregorio X y los patriarcas de Constantinopla y de Antioquia marcharon á la cabeza del acompañamiento fúnebre y derramaron lágrimas so-

Rom. 1588. Lugd. 1688, 8 t. in fol. Ven. 1751, 31 t. in 4.